

Fr. M<sup>a</sup> Damián Yáñez Neira

## Un gran Maestro de obras en Oseira Padre Juan María Vázquez Rey

En un principio pensé iniciar esta semblanza sobre el padre Juan María, rindiendo fervoroso homenaje al Dr. D. Florencio Cerviño González, dignísimo obispo de Orense en las primeras décadas de este siglo, verdadera alma de la reconstrucción de Oseira. Siento verdadera pena que, habiendo sido principal promotor del que Dios se sirvió para poner en marcha la fundación, con la cual llegó la salvación del monasterio; se le tenga tan olvidado, por más que yo no he perdido ocasión de airear su memoria e intervención decisiva, en la obra reestructora del monasterio <sup>1</sup>, ya que gracias a él, a sus desvelos y preocupaciones, se logró poner en marcha la vida monástica en el monasterio, y con ella llegaría la reconstrucción total del edificio <sup>2</sup>.

Estoy seguro que, si no es por el Dr. Cerviño, si no llega a Orense en 1922 este prelado dinámico, incansable y de “santa tozudez”, difícilmente el padre Juan María ni nadie hubiera llevado a cabo la reconstrucción de Oseira; se hubiera acabado de desmoronar el edificio, de manera que fuera imposible reconstruirle de nuevo. Es una triste realidad –que estamos constatando hoy todos con harta pena–, cómo están hundiéndose la casi totalidad de los monasterios que nos legó el pasado, sin que nadie o poquísimos se preocupen de llevar a cabo una verdadera restauración <sup>3</sup>.

He dicho “una verdadera restauración”, porque de los poquísimos que se preocupan de reconstruir monasterios, se pueden contar con los dedos de la mano los que hacen obras que merezcan la pena. En casi todos campea sólo la buena voluntad, porque yo no veo obras reales de consideración, a pesar de las grandes cantidades invertidas en esas obras. Piénsese –por poner un ejemplo bien reciente– en lo poco o nada que se ha hecho en Carracedo –a las mismas puertas de Galicia–, a pesar de haberse invertido allí cuatrocientos –algunos hablan de setecientos– millones de pesetas. ¡Ni siquiera fueron capaces de con-

cluir un ángulo del claustro, que era lo menos que se les podía pedir, ante una inversión tan fabulosa!

Claro, en esas reconstrucciones imperan unos criterios que no sabemos qué explicación darles. He aquí la noticia con frío glacial que me transmite un amigo, alusiva al citado monasterio cisterciense de Carracedo: “El afán del arquitecto fue dejarlo como estaba cien años después de la desamortización. Ni tan siquiera quiso poner las piedras en la misma forma y sitios en que las dejaron los monjes al marchar. Su obsesión fue respetar la vandálica destrucción de los lugareños que hicieron del monasterio cantera, y de sus claustros huertas<sup>4</sup>”.

Creo sinceramente, que para seguir criterios tales, no es preciso que se encargue de dirigir las obras ningún arquitecto, sino basta con echar mano de un simple albañil de aldea, ayudado de un peón: lo hará tan bien por menos de un millón de pesetas, y el resto quedará sin pulverizar, para los fondos de la nación, tan terriblemente depauperados.

## 1. “Magister sine magistro”

Viniendo ya al tema, creo encaja de maravilla encabezar esta biografía por una anécdota que se cuenta de un célebre monje cisterciense del s. XVIII, contemporáneo, amigo entrañable y defensor empedernido de las doctrinas del orensano fray Benito Feijoo.

Me refiero a fray Antonio José Rodríguez, monje del monasterio de Veruela (Zaragoza). Nacido en Villanueva de Odón (Madrid), en 1703, a los catorce años ingresó en el citado monasterio aragonés, bien por necesidades familiares, bien por haber sentido inclinación a la vida religiosa. Como su formación cultural era deficiente<sup>5</sup>, le destinaron a pastorear los rebaños del monasterio. Mas su talento privilegiado, su memoria feliz y la aplicación asidua a la lectura de libros científicos, fueron formando en él una recia personalidad, hasta el punto de cautivar las miradas de los monjes, que le arrancaron del pastoreo y le nombraron ayudante de la farmacia.

Desde este momento, le fue más fácil entregarse a los estudios, por tener a su disposición más libros que le ilustrasen en los principales ramos del saber humano. Otros libros que le interesaban los fue adquiriendo él como pudo, aunque le costasen sacrificios poco menos que heroicos, según él mismo declara:

*“No oí maestros ni para la gramática, ni vi universidad, colegio, ni cátedra hasta que el año de 1741 llegó el caso de graduarme. El retiro de esta sierra no permite el comercio con letrados ni eruditos. Con que desde la edad de 14 años en que me enclaustró mi fortuna, entre estos montes, apenas he*

*oído que había en el mundo novedades. A los pocos libros que poseo, producto de una afición innata, a ellos les son acreedores mi desconveniencia y aun mi ayuno, pues para comprarlos he privado al gusto y aun a la necesidad de lo preciso, porque de otro modo, no tenía con qué hacerlo”.*

Si cuando un hombre pretende especializarse en una ciencia –o sencillamente instruirse–, lo primero que hace es proveerse de libros, buscar un buen profesor y frecuentar colegios o universidades; causa admiración cómo este monje de Veruela, habiéndose visto privado de todos estos medios indispensables para formarse en los distintos ramos del saber humano, llegara a ser un verdadero pozo de ciencia. Tuvo que arreglárselas como pudo, adquirir libros, entregarse de firme al estudio, desentrañar por sí solo los misterios ocultos de las ciencias: así fue como logró triunfar y conquistarse a puño fama de verdadero sabio.

El padre Roberto Muñiz sintetiza en estos breves conceptos los grandes valores del monje madrileño:

*“Graduóse de doctor en Sagrada Teología en la Universidad de Hirache, y obtuvo en la Religión los honores y empleos de Maestro General, Padre de Provincia, y Visitador General de los Monasterios de la Congregación de Aragón. Fuera de ella, los de Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo y Obispos de Tarazona y Jaca. Teólogo y examinador de la Nunciatura, consultor de Cámara del Serenísimo Señor Infante don Luis, Académico de la Real academia Médica Matritense, socio de la Real Sociedad de Sevilla y académico honorario de la Real Academia de la Historia y de la de Oporto”<sup>6</sup>.*

En el retiro de su celda monástica de Veruela, seguía fray Antonio J. Rodríguez al par que una vida monástica de observancia de sus deberes, una entrega total a los libros y a sus experimentos farmacéuticos, alternando con los estudios filosófico-teológicos. Así fue como pudo producir obras inmortales que encumbraron su fama a la categoría de verdadero sabio, aun cuando no todos coincidieran en la misma apreciación<sup>7</sup>.

“Su vasta erudición y conocimiento en la facultad Médica y todo genero de materias Filosóficas, Teológicas, Canónicas, Legales, Matemáticas y otras diferentes de que nos dejó pruebas nada equivocadas en sus obras, eternizarán su memoria, y serán un perpetuo monumento de honor y gloria para la Religión Cisterciense”<sup>8</sup>.

Diremos resumiendo que todas las alabanzas que se le tributan, no son hiperbólicas, sino responden a la realidad, por haberse conquistado fama de ser

uno de los sabios más renombrados del s. XVIII. Según algunos autores, “contribuyó con Feijoo al desarrollo de las ciencias físicas y médicas en su tiempo <sup>9</sup>, siendo la honra de su monasterio e instituto por entonces. Como apenas había cursado estudios, los cistercienses de Veruela solían llamarle *Magister sine magistro*”, es decir, maestro sin maestro <sup>10</sup>.

Algo parecido sucedió en el padre Juan María, del que nos vamos a ocupar en la presente ocasión. Acabamos de hablar de un verdadero genio en la cultura científica, y en seguida vamos a tratar de otro genio, aunque en un sentido enteramente diferente. El padre Antonio J. Rodríguez destacó en el campo de las ciencias, pero no sabemos que entendiera mucho de obras. En cambio, el padre Juan María, no destacó en las ciencias –poseía una cultura muy ordinaria, como cualquier sacerdote corriente–, pero en cambio, en la dirección de las obras, se mostró verdadero genio. Tal es la fama e impresión reconocidas por personas cualificadas en el ramo de la construcción.

## 2. Semblanza

El padre Juan María –en el mundo Paulino Vázquez Rey– nació en La Seara, ayuntamiento de Cartelle (Orense), el 21 de diciembre de 1921. En 1935, cuando frisaba en los 14 años, ingresó en la escuela apostólica de Oseira, donde inició los estudios preparatorios de la carrera sacerdotal. Todavía le tocó vivir los tiempos heroicos de la fundación. Llevaba la casa abierta solamente cinco años, y se hallaba el edificio en una situación deprimente, por la falta de comodidad. Por otra parte, la situación económica era muy deficiente. Así es que con mala habitación y con una alimentación no muy nutritiva, se necesitaba un espíritu férreo para continuar en el monasterio; pero todo fue superándolo nuestro joven con aquel espíritu de constancia y fidelidad a la gracia que le caracterizaron siempre, perseverando en la vocación a que había sido llamado.

Pasados unos años, habiendo dado pruebas de aceptación de aquella vida, a los dieciocho años, ingresó en el noviciado, comenzando en serio la vida religiosa en 1939. En 1941 hizo la profesión temporal, luego la solemne o consagración definitiva a Dios, en el año 1946, ordenándose de sacerdote al año siguiente, en que culminó su carrera sacerdotal. Los que le trataron desde joven, están contestes en afirmar que no destacó mucho en las ciencias. La prueba la tenemos en que nunca ejerció ningún ministerio sacerdotal, fuera de la santa Misa, ni le vi predicar jamás.

¡Cuán cierto es que Dios distribuye sus dones a quien quiere y como quiere! Lo que tal vez faltaba al padre Juan M<sup>a</sup> de cultura brillante y llamativa, le

sobraba de ingenio y equilibrio. Demostró el ingenio de mil maneras, sobre todo en la restauración total del edificio, llevando a cabo una serie de obras difícilísimas, que hubieran acobardado el ánimo más esforzado. Era dicho corriente entre algunos arquitectos –conocedores de su labor– al hallarse ante problemas de difícil solución, solían decir: “Llamad al padre Juan M<sup>a</sup>, ya veréis qué pronto lo resuelve”. Así era. Su ingenio era patente. Entendía de obras, de mecánica, de carpintería, cerrajería, electricidad..., en una palabra, era una enciclopedia viviente.

En cuanto a equilibrio, cuando daba su parecer sobre cualquier asunto que se proponía para tratar en comunidad, se advertía luego la visión tan certera que el padre Juan María tenía de las cosas, y se le escuchaba con respeto.

Conviví con él los 26 últimos años y siempre le vi monje bueno, amante del monasterio, sacrificado y cumplidor del deber. Creo que en estas expresiones queda reflejado su talante espiritual. Se distinguió, sobre todo, por su amor a la economía, demostrándolo en las obras, pues corría como adagio entre los que intervenían en la concesión de las subvenciones para las obras, que “el padre Juan María de un duro hacía veinte”. Creo se quedaban bastante cortos, pues parece materialmente imposible que pudiera hacer tanto con tan pocos medios económicos como se le facilitaron <sup>11</sup>.

Creo que es un testimonio viviente, un ejemplo admirable para el mundo de hoy, sobre todo para los que manejan fondos estatales en orden a la realización de obras. Comprendo que debemos ser indulgentes, que no se les puede pedir que hagan tanto como hacía el padre Juan María, pero causa verdadero asombro que hagan tan poco como hacen, en la mayoría de las veces, con cantidades fabulosas de dinero. Hoy se habla no de millones, sino de cientos de millones como la cosa más natural, y para obras insignificantes si se comparan con la magnitud de las llevadas a cabo en Oseira.

No hace muchos años, hablando seriamente el padre Juan María con unos arquitectos que reconstruían cierto monasterio de la orden, –comparado con Oseira es un juguete, cabe en un patio–, les echaba en cara con libertad evangélica: “¿No les da vergüenza, que hayan gastado ustedes tanto dinero como yo en Oseira, para restaurar una pequeña parte de esta miniatura de edificio?”. Desde luego, es una increpación muy real, que habría que repetírsela hoy a la mayoría de los ingenieros y arquitectos que manejan presupuestos del Estado, que hunden cantidades fabulosas para hacer obras no muy allá, cuando no para cometer atropellos que claman al cielo. Pudiéramos citar casos en confirmación de esto, pero los pasamos por alto para no molestar a nadie.

Hasta hace unos cinco años, siempre vi al padre Juan María por los andamios, rodeado de un pequeño grupo de obreros, dirigiendo las obras, o trabajando en mil cosas, recorriendo las distintas dependencias, rehaciéndolas y

embelleciéndolas con su ingenio. Tan del agrado de los responsables de Bellas Artes eran la pericia y perfección con que dirigía las obras, que le confiaban la administración de las subvenciones, seguros de que se multiplicaría el dinero en sus manos, como así era en realidad.

Hace unos cinco o seis años, sintiéndose falto de salud y con problemas cardíacos, se vio obligado a retirarse para descansar. Estaban virtualmente terminadas las obras más urgentes. Solía decir que había logrado “preparar la jaula, pero el pájaro la iba a disfrutar bien poco”, como así sucedió. Fueron muy pocos años los que pudo disfrutar contemplando su gran labor realizada en el espacio de 25 años, porque estuvo siempre enfermo, y en una ocasión llegó a las puertas de la muerte, pero no obstante logró mejorar un poco.

Durante muchos años, al par de las obras que dirigía y realizaba en el monasterio, asesoraba y dirigía otras obras importantes en monasterios de religiosas, de manera especial en san Miguel de las Dueñas (León), donde dirigió gran parte de las que allí se realizaron, en especial la remodelación del patio central, en el que instaló una preciosa fuente surtidor, obra llevada a cabo por el cantero orensano Eduardo Fernández, de Alacuas. También dejó gratos recuerdos en la comunidad de Ferreira de Pantón, donde dirigió igualmente la restauración de su preciosa iglesia y gran parte del edificio. De continuo le estaban llamando estas religiosas para consultarle o bien contratar obras <sup>12</sup>.

En enero de 1990, la Diputación de Orense, reconocida la gran obra restauradora realizada por los monjes, acordó conceder a la comunidad la medalla de oro de la ciudad, como así lo hizo en una sesión académica celebrada en el propio monasterio en el mes de enero. También le fue impuesta otra medalla personal al padre Juan María, principal responsable de la restauración.

Pero pareciéndole poco a la Diputación aquel homenaje, ella misma se encargó de hacer los trámites necesarios para que se concediera a la comunidad el premio internacional *Europa Nostra* <sup>13</sup>, como le sería concedido en otra nueva sesión académica celebrada en el monasterio el día 5 de diciembre del mismo año 1990. La Reina doña Sofía se personó en el monasterio para otorgar este premio, y sabedora de que el padre Juan María había sido el principal artífice de la reconstrucción –que fue admirando en las distintas dependencias–, no paró hasta que se lo presentaron, felicitándole de manera especial, por la perfección con que había realizado las obras.

En enero de 1992 se vio afectado por una fuerte gripe que le atacó las vías respiratorias, por lo que hubo necesidad de internarle en Orense. No mejoró, sino fue perdiendo de día en día, hasta el punto de que ante la perspectiva de que se produjera el fallecimiento de un momento a otro, optamos por traerle para casa. Llegó desganado y sin fuerzas <sup>14</sup>. Se fue recuperando poco a poco, pero apenas podía subir escaleras, ni aún caminar. Así fue tirando hasta el 19

de enero de 1993 en que a eso de las diez de la mañana celebró la Misa en la capilla privada y regresó a su habitación.

A las once y media acudió a visitarle el padre abad, le preguntó cómo se encontraba y le contestó que había pasado muy mala noche, que casi “era mejor que le dieran los Sacramentos de los enfermos”: Decir esto, e inclinar la cabeza, todo fue uno: le sostuvo el abad, dio dos boqueaditas casi imperceptibles y dejó de existir en la tierra, sin el menor estertor, y con el santo rosario en la mano.

Acudió la comunidad rápidamente, se llamó al médico, quien atestiguó su defunción. No hubo necesidad de amortajarle, porque aparecía con la muda y toda la ropa completamente limpia. Es de notar que la cama la tenía arreglada con una elegancia, que no habrá ama de casa que la haga mejor.

El entierro constituyó una manifestación de duelo regional, por haber sido muchísimos los fieles asistentes, no menos que los sacerdotes de la comarca, habiendo presidido los funerales Mñor. Miguel Araújo Iglesias, obispo dimisionario de Mondoñedo-Ferrol <sup>15</sup>. ¡Cuántas veces he pensado, que hay por las ciudades monumentos levantados a personas distinguidas por su sabiduría o alguna labor social destacada! Creo que muchas de esas personas tuvieron bastantes menos méritos, que el padre Juan María desarrolló reconstruyendo Oseira.

### 3. Primeros ensayos

Hasta 1950 no fueron muchas ni muy importantes las obras de restauración emprendidas en el monasterio, a lo sumo algunas de escasa importancia, porque primero fue el gobierno republicano, de signo enteramente adverso a toda idea religiosa, y a continuación la guerra civil que duró hasta 1939, en que la nación quedó depauperada en extremo, y con una cantidad incalculable de edificios religiosos y civiles en ruinas. Por si fueran pocos males, siguióse la segunda guerra europea, que culminó en el bloqueo internacional que las distintas naciones impusieron a España durante varios años.

Al fin todo fue serenándose, y llegaron las primeras ayudas estatales en escasa cantidad, y por añadidura las administraban los propios organismos del Estado, según normas vigentes y por eso no podían hacerse mucha obras.

Dejamos a un lado las pequeñas restauraciones realizadas por el Hno. Esteban, que adecentó varios lugares, consolidó algunos muros en peligro y construyó la fuente del patio de caballeros, porque fueron de escasa importancia, y con medios escasísimos, pues los fondos de la pequeña comunidad eran muy cortos. Nos vamos a situar en las obras de envergadura, en las cuales comenzó a despuntar el genio del padre Juan María



Hacía más de veinte años que la torre de la parte norte de la iglesia, había sido derribada en parte por un rayo. Todos lo pueden comprobar a la vista de las fotografías de la primera mitad del s. XX. Se hacía urgente la restauración, y en el año 1953 se hicieron los preparativos para restablecerla a su primer estado. Aunque la dirigieron los arquitectos, fue el padre Juan María quien por primera vez dio muestras de capacidad en la dirección de las obras, porque estuvo al lado de los canteros, interviniendo de manera activa en la obra, pero no por sí solo, como sucedería años después, en que se le entregaban los planos y él se las arreglaba para dirigir todo con la maestría de un hábil perito en la materia.

“El año 1953, centenario de la muerte de San Bernardo –leo en la crónica del monasterio– se restauró la torre de la iglesia, la de la izquierda que fue decapitada el año 1927 por un rayo. Costó la restauración 70.000 pesetas. Todos los técnicos aseguran que fue una bicoca. Es que administró los fondos la Comunidad, y por eso se hizo mucha obra con poco dinero”.

Iban llegando las pequeñas ayudas muy de tarde en tarde, y se iba poniendo remedio a lo más necesitado de reparación. Ahora es el torreón sureste, del patio de pináculos, que se hallaba hundido y desmoronado en sus ángulos. El Estado reconstruyó los muros, y la comunidad la bóveda del mismo y la cubierta. Aquí fue donde el padre Juan María llevó a cabo la obra, de una manera sencilla. Como se trata de un local cerrado, y no se disponía de fondos necesarios para hacerla de piedra, se optó por una solución fácil, como nos cuenta el Hno. Pablo en la crónica: “Primero se hizo una bóveda de ladrillo y cemento, y sobre esa bóveda, arcos de los mismos materiales, sobre los cuales se ha emplazado otra bóveda, que soporta el tejado. Como si el ladrillo ni el cemento se carcomen, ni son combustibles, hay tejado para siglos”.

También el antiguo oratorio de enfermos, necesitaba urgente reparación, si se quería salvar. Este conservó su bóveda de crucería, por lo que fue fácil salvarla, con una buena cubierta que se le puso, restaurando a la vez toda la nave de mediodía del patio de pináculos.

Siguióse luego un período de interrupción de las obras, impuesto por algunas dificultades de orden interno surgidas en el seno de la comunidad que no son del caso referir. El padre Juan María estuvo en diversos monasterios dirigiendo algunas obras, de manera especial estuvo en Sobrado de los Monjes, donde el padre Cid se hallaba en plena restauración de aquel monasterio, que se hallaba mucho peor que Oseira, para disponerlo en orden a la instalación de una pequeña comunidad, que pronto se haría cargo del mismo.

Le ayudó y asesoró cuanto pudo durante unos meses, hasta que volvió definitivamente a Oseira, donde le esperaba una ardua tarea. En el año 1966 de nuevo se iniciaría un período de obras en que ya no cesarían hasta culminar en la restauración total del edificio.



Al incorporarse de nuevo a la comunidad el padre Juan María, en los primeros meses de 1966, una vez reconocida su experiencia y capacidad directiva en las obras realizadas, fue encargado de las obras en Oseira, haciéndose una excepción singular con él: le entregarían las subvenciones para que él las administrase. Fue esto un gran acierto, porque gracias a ello, y a una economía rigurosísima, fue como las haría rendir de manera sorprendente.

Como la vivienda de los monjes carecía de las comodidades indispensables que no faltan hoy en las casas de los obreros <sup>16</sup>, se iniciaron las obras de reconstrucción precisamente por esa zona donde vivía, que era en torno a la parte alta del primer patio, llamado de caballeros. Era la destinada a escritorio o salón de estudio de los monjes, biblioteca, noviciado, sala capitular y servicios higiénicos.

Derribó toda la techumbre <sup>17</sup>, se hicieron todas las vigas de hormigón armado y varas de hierro, continuando las obras por lo que iba a ser noviciado, local que se halla en la misma esquina del suroeste, con balcones a las dos caras y un torreón que posiblemente en los tiempos antiguos serviría de baño, como servía el otro torreón colocado en la parte opuesta de esa misma fachada.

Una vez hecha la techumbre, vaciaba el interior y le daba nueva estructura, respetando siempre las paredes maestras, que no se tocaban; en cambio, los tabiques se suprimían o cambiaban según las necesidades, conforme las exigencias de los tiempos. En el escritorio, suprimió el cielo raso sin mérito alguno e hizo una bóveda de rasilla, quedando un local precioso, con sus balcones al exterior <sup>18</sup>. Al mismo tiempo se le dotó de calefacción, ensayándose varios sistemas, optándose al fin por el de radiadores de agua caliente, que se caldeaba con el propano que subía a la cocina. Construyó, al mismo tiempo, una serie de duchas <sup>19</sup>, cuartos de aseo y lavabos.

Cada obra que emprendía, no paraba hasta darle remate adecuado <sup>20</sup>. A la vez se iba encintando y adecentando la piedra, por lo que el edificio fue cobrando una seriedad y esbeltez únicas, pues quedaría todo él a piedra vista, caso tal vez único, por no hallarse ningún edificio totalmente con la piedra al descubierto como está Oseira.

A continuación de estas obras, indispensables para poder tener un minimum de comodidad, emprendió la construcción del nuevo dormitorio, con habitaciones individuales, en la parte alta del pabellón de acceso al monasterio. Hay que tener en cuenta que hasta esa época perduraba aún en la casi totalidad de los monasterios la costumbre antigua, imperante en la mayoría de las órdenes, de usar dormitorio corrido <sup>21</sup>, es decir, celdas muy pequeñas en forma de camarillas, cerradas por una simple cortina y sin techo <sup>22</sup>. Fue un avance increíble el que se dio en Oseira, que en un principio se pensó era el último

grito, a pesar de no tener la celda nada de particular: ni silla, ni mesa, ni lavabo..., sino simplemente el poder disponer de puerta y ventana propias <sup>23</sup>.

#### 4. Maestro consumado

En 1968 se centraron las obras en la zona del calefactorio, donde no existía más que la gran chimenea de éste, muy original –encanto de los turistas, sobre todo de las mujeres <sup>24</sup>–, rematada en un cubo. Se levantó todo el piso de la zona, que se estaba desigual, a causa de las bóvedas de la planta baja, se construyó de piedra y baldosa, se reconstruyeron los muros y se colocó una cubierta adecuada.

Había sido una de las zonas más castigadas del edificio, porque arrancaron los sillares en la época del abandono <sup>25</sup>.

Al nuevo calefactorio se le dio una estructura propia como pudo estar antes, y a la vez a la parte opuesta se hizo otro salón que en la época actual sirve a la comunidad de sala capitular.

Siguieron las obras casi sin interrupción hasta los primeros meses de 1971 en que, careciendo de ayuda pecuniaria, tuvieron que paralizarse y esperar tiempos mejores. En el otoño se reanudaron, gracias a una pequeña ayuda facilitada por la Diputación de Orense <sup>26</sup>. Se comenzó a trabajar en el interior de la iglesia, levantándose todo el piso, con el fin de sanearla: se sacó alrededor de un metro de tierra, supliéndolo con grava, arena, hormigón y se volvió a poner nuevamente la piedra, pero bien escuadrada, y con las hiladas uniformes. Su colocación quedó con mayor perfección que lo estaba antes, sobre todo en la girola, que siguen en semicírculo, al igual que las del zócalo sobre el que descansa la columnata del siglo XIII.

Al mismo tiempo se limpió y encintó todo el templo, completándose las columnas adosadas, que estaban mutiladas, sin remate digno lo mismo en la capilla mayor que en la nave central del templo. Se rehicieron los dos primeros pilares de la nave central, que se hallaban deshechos a causa de los dos púlpitos que se suprimieron –por ser hoy innecesarios–, al igual que se quitaron diversos altares de madera de mal gusto, que afeaban no poco el templo <sup>27</sup>.

También fue importante la labor realizada en el presbiterio, donde se suprimieron una serie de grandes ménsulas barrocas que había adosadas a las columnas románicas, sobre las que descansaba una serie de estatuas de santos de la Orden, cuando existía el baldaquino, del que sólo perduró la parte central, de muy mal gusto, que también se suprimió, por carecer de mérito.

Cualquiera diría que estas obras llevadas a cabo en el espacio de dos años, supondría una inversión de muchos millones. Aquí fue donde el ingenio y la

economía del padre Juan María demostró su gran capacidad, pues pensar que solamente pusieron en sus manos dos millones de pesetas, no se explica, sin una intervención providencial de Dios, que comunica a sus siervos talentos para hacer estas maravillas.

Finalizaron la mayor parte de las obras de reconstrucción del templo en 1973, dejándole en el estado que hoy presenta, lleno de sencillez y belleza arquitectónica, pues antes estaba recargado de adherencias que no encajaban para nada con el estilo en que fue concebido y llevado a cabo por los monjes de las primeras generaciones. Sólo quedó sin restaurar la tribuna de la iglesia, que esperaba unos años, hasta quitar de ella la estantería de la biblioteca.

En 1973 se trabajaba activamente en la parte alta del claustro de medallones, adecentando paredes y colocando el piso de dos balcones de piedra, que estaban partidas a causa de la caída del alero del tejado, también de piedra. Tuvo la habilidad de colocar de nuevo el saliente de piedra, que está parte de él debajo del muro, sin necesidad de mover éste para nada, dejándole con un primor que no se diferencia hoy de los otros dos balcones conservados de antiguo.

En ocho o diez años, el monasterio había cambiado de aspecto, aunque todavía quedaban por hacer muchas obras, y muy importantes. El turismo aumentaba cada día, y todos admiraban la reconstrucción del edificio, dejando muchos locales quizá con mayor perfección que tuvieron en su origen.

Pasamos por alto las continuas obras que siguieron imparables durante unos años, gracias a las pequeñas ayudas que se veían recibiendo de una parte y de otra, pero principalmente gracias a la economía que desplegó el artífice de la reconstrucción, que estaba siempre al tanto del precio de los materiales, y cuando podía aprovechaba la ocasión y compraba por adelantado, aunque esto pocas veces lo podía hacer, porque podemos decir que vivía al día, tenía lo justo –o un poco menos– para poder defenderse <sup>28</sup>.

De las obras importantes de estos años, hacia 1975, se pueden mencionar la unificación de todas las ventanas del patio de pináculos, habiendo hecho desaparecer de las de todo el ángulo noreste el montante de piedra que llevaban, en que estaba la ventana en cuadro, y sobre el montante había otra ventana semi-circular. Se colocaron sobre los contrafuertes que rodean el patio parte de los pináculos. Los habían derribado todos, y se hallaban en gran parte decorando los jardines o los muros del cementerio. Recogió todos los que encontró y el resto se harían nuevos años adelante.

Obra importante fue la reconstrucción igualmente de la atalaya, precioso mirado adosado al torreón sureste, que se hallaba descubierto y lo completó de forma circular, tal como hoy se ve. Al mismo tiempo dirigió el montaje de la nueva hospedería, con amplias habitaciones, dotada de calefacción y todos los

servicios indispensables. Lo más admirable es que mientras tenía cuatro o cinco obreros trabajando en las obras, tenía uno o dos, de continuo, en la carpintería haciendo puertas y ventanas, en todo dirigidos por él.

Como había que amueblar las catorce o dieciséis habitaciones de hospedería, pidió presupuesto, o sea, cuánto le podían costar: camas, mesas, mesillas de noche y puertas. No recuerdo exactamente cuánto le pedían, pero debió ser como un millón de pesetas. Arrugó el ceño, y se lanzó a hacer él todo, con el obrero, o a lo sumo algunas veces con dos. Con la mitad, o la tercera parte de lo que le pedía la fábrica, quedó una hospedería digna, con unos muebles tan bien hechos, como cualquier fábrica de prestigio, hasta el punto de que los visita.

En esta misma época dirigió también la sillería sencilla pero digna, que hoy circunda el presbiterio, labrada por él y los dos obreros del pueblo. Contribuyó no poco a economizar en esta labor de carpintería que llevó a cabo, el hecho de que en la zona oriental se había hecho una restauración provisional, colocándose vigas de castaño. Ahora, al sustituirlas por viguetas de hormigón, las de madera que se sacaban servían de maravilla para hacer muebles. O sea, que a la vez que dirigía la obra reconstructora, estaba al frente de la carpintería, y por si fuera poco, hasta hace varios años, dedicaba también ratos a hacer de cerrajero.

En todo el monasterio dejó una serie de lámparas y faroles, que no tienen nada que envidiar a los hechos en fábricas especializadas en el ramo. Todos los faroles –menos uno que le sirvió de modelo– colocados en las esquinas de los tres claustros altos, son obra suya, así como las lámparas del refectorio del siglo XVI, las de la sala capitular del siglo XVIII, y multitud de apliques de hierro forjado, son obra suya. Y no le fue posible hacer más, como él deseaba, porque los últimos años padeció mucho de los bronquios, de tal manera que la más leve ráfaga de humo le molestaba mucho <sup>29</sup>.

## **5. Una medalla bien merecida**

En 1977 emprendió una obra que por si sola acredita su ingenio y le da fama universal, la reconstrucción de la bóveda gótica del refectorio, construida hacia 1572. Consta de cuatro tramos de bellas nervaduras con arandela colgante o estalactita en las claves. Se hallaba hundida desde hace muchos años <sup>30</sup>, y no parece había mucho interés en restaurarla por parte de los organismos del estado, por lo menos del todo. Querían que a lo sumo se reedificara un tramo, y el resto completarlo como fuera. Pero el padre Juan María se atrevió a enfrentar con aquella obra sin el menor titubeo, para rehacerla por completo.

En la reconstrucción se utilizaron la mayor parte de las claves antiguas, haciéndose sólo nuevas algunas que se habían deshecho al caer, así como también se hicieron la mayor parte de las nervaturas. Como los muros se hallaban resentidos, por estar algo resquebrajados, se optó por aligerar el peso, suprimiendo la piedra en la plementería y utilizando para suplirla un conglomerado de viruta y cemento llamado viruter, que en un principio se pensaba tapanlo con una mano de yeso –como suelen hacerse con las bóvedas restauradas que no son de piedra–, pero al ver el buen juego que hacía con la piedra, se ha optado por dejarle al natural, formando un conjunto armonioso.

La restauración quedó perfecta, y es la admiración de todos los entendidos. Tanto, que cuando un respetable personaje de Bellas Artes, al entrar en el refectorio y ver la bóveda en pie, lleno de admiración exclamó: “¡Esto, ya no hay quien lo haga!” Creo que es la obra cumbre del padre Juan María. Si no es por él, si no se lanza a hacer alarde de su ingenio superdotado, no sé qué solución le hubieran dado a esta bóveda, visto el poco interés o miedo que había en restituirla a su ser. Tardaría en la reconstrucción como medio año, trabajando dos maestros de cantería en preparar las piezas que faltaban, con la particularidad de que era el propio padre Juan María el que hacía las plantillas, y él, con sus cinco obreros, montándola sirviéndose de un andamiaje de madera que él mismo se construyó con los árboles del bosque <sup>31</sup>.

Casi al mismo tiempo que la bóveda del refectorio, llevó a cabo la reconstrucción del solarío, solaina o terraza para tomar el sol, otra de las grandes realizaciones que embellecen no poco el monasterio, sobre todo la fachada del mediodía, por la variedad de salientes que ofrece. Era el lugar adecuado para tomar el sol los monje en invierno, al par que se disfruta de un panorama indescriptible, con las huertas y praderías en primer plano, el río Oseira que serpentea entre la fronda, las estribaciones de Sierra Martiñá, y en la lejanía se puede ver, a través del valle, los alrededores de Carballiño, y más distantes aún las montañas de la zona de Ribadavia.

Habían desaparecido todas las columnas, que fueron empleadas por las gentes de la comarca para sostener las tenadas, así como la preciosa balaustrada. De nuevo se recuperaron las que se pudo, y las que no, se hicieron de nuevo. Al mismo tiempo, como parte de la bóveda que sostenía el piso del solarío, se hallaba resentida, la desmontó en parte y la volvió a su ser. El conjunto de la obra resultó primorosa, y lo más importante, es lanzar a la publicidad el costo de estas dos obras tan difíciles y complicadas: ¡Disponía de CUATRO MILLONES DE PESETAS, no completos!

Faltaba por restaurar un saliente de edificio que se proyecta hacia mediodía, denominado “dormitorio de ancianos”, construido hacia 1633, en tiempos de fray Simón de Montoya. Consta de piso bajo y tres plantas superpuestas, de

una construcción más sólida –si cabe– que el resto del edificio. Un pasillo central, con bóveda de medio cañón a manera de túnel, con una ventana al final, daba acceso a ocho habitaciones en cada piso, todas ellas dotadas de balcón, ventanas y chimenea.

La primera planta lleva, además, una gran balconada de piedra que recorre de un extremo a otro la fachada, y en el superior aparecen sendos medallones representando personajes desconocidos. Dicho saliente de edificio, orientado debidamente hacia mediodía, próximo al calefactorio y solarío, cumplía a maravilla su cometido, al estar destinado a residencia de ancianos y enfermos.

Se hallaba tan descuartizado y lleno de zarzales, que parecía imposible poderle restaurar, tanto más, cuanto que los muros principales se hallaban cuarteados. Algún arquitecto lanzó la idea que era mejor suprimirlo, toda vez que salía fuera del plano del edificio, trasladando la fachada del mismo más atrás, a la altura del resto del edificio. Pero prevaleció el parecer de otros que –con muy buen acuerdo– juzgaron se debía restaurar, por tratarse de una parte muy destacada del edificio.

En los primeros meses de 1980 se metió con él. Vació todo el interior de los tres pisos, excepto alguna bóveda que había quedado en pie, y se ha conservado, como es el inicio del pasillo central de la primera y segunda planta, por donde se puede columbrar cómo estaba antes. El resto forma todo un cuerpo cosido con vigas de hormigón armado. Se trazaron las nuevas celdas de los monjes, con todos los servicios individuales, se colocó cornisa nueva todo alrededor del edificio, se terminó la balconada de piedra que se hizo toda nueva, excepto algunas ménsulas saliente que se conservaron, aunque la mayoría estaban partidas.

Como complemento, reconstruyó la preciosa escalera del interior, haciendo todo nuevo menos el piso, a la vez que una de las dos bóvedas de arista que se había hundido. Quedó un conjunto tan bello y funcional, que pasó a vivir a él la comunidad en enero de 1983, por haberle dotado de celdas con todos los servicios individuales y preciosas vistas al valle <sup>32</sup>.

En abril de 1982 emprendió la reconstrucción de otra escalera no menos grandiosa que faltaba, la denominada de los obispos, de la cual sólo quedaba la caja bastante deteriorada. En pocos meses se colocaron los peldaños, el pasamanos macizo, se restauró la bóveda y las paredes, en una palabra, la dejó en su prístino ser, resultando una obra primorosa.

Fue la última obra importante de reconstrucción. Con ella quedaba virtualmente terminado todo el monasterio, por más que todavía faltasen detalles, algunos de importancia, como son el saneamiento de los patios, de varios locales, limpieza de muros exteriores y fachadas, encintado, arreglo de varios pisos...



## 6. El milagro del P. Juan María

No consta que resucitara a ningún muerto, ni curase a ningún ciego o paralítico, pero la obra que llevó a cabo en el espacio de veinticinco años –tan colosal y con unos medios económicos tan escasos–, creo puede ser considerada auténtico milagro, no fácil de imitar.

Voy a ofrecer a continuación lo prometido en páginas anterior, es decir la lista de cantidades recibidas para las obras, a fin de que cada cual medite y vea si no es un auténtico milagro hacer tanto, tan difícil y con medios tan deficientes.

1º Para la reconstrucción del edificio.

### AÑO

1966	Comunidad de san Isidro de Dueñas .....	300.000	..pts.
1966	Obispado de Orense .....	100.000	.....“
1967	Dirección General de B. Artes .....	2.284.000	.....“
1967	Dirección de Arquitectura .....	48.000	.....“
1969	Dirección General de B.A .....	1.192.260	.....“
1970	Diputación Provincial de Orense.....	250.000	.....“
1971	“ “ “ .....	400.000	.....“
1972	Dirección General de B.A .....	1.892.380	.....“
1974	“ “ “ .....	3.685.885	.....“
1975	“ “ “ .....	1.936.789	.....“
1976	Diputación Provincial.....	500.000	.....“
1977	Dirección General de B.A.....	4.530.000	.....“
1978	Diputación Provincial.....	606.496	.....“
1979	Dirección General de Arquitectura .....	194.742	.....“
1980-83.	Recibido del MOPU y B.A .....	18.960.939	.....“
1984	Diputación Provincial .....	10.000.000	.....“
1986	“ “ .....	10.000.000	.....“

2º Para la Estantería de la Biblioteca:

1976	Dirección de Asuntos Eclesiásticos .....	121.250	.....“
1976	Ministerio de la Vivienda .....	300.000	.....“
1976	Diputación Provincial.....	50.000	.....“



1977	Ministerio de Educación y Ciencia.....	300.000 .....	“
1978	Diputación Provincial.....	300.000 .....	“
1978	“ “ .....	300.000 .....	“

---

Total S.E.U.O. 61.252.741

Añadamos que estos SESENTA Y UN millones de pesetas, no llegaron íntegros a manos del padre Juan María, sino sufrieron las mermas correspondientes impuestas por las leyes a la entrega de las subvenciones estatales, así como los beneficios en razón de derechos de arquitectos y responsables oficiales de la obra.

Creo que la anterior lista no necesita comentario, cada cual puede hacerse lo así mismo y ver si tengo razón o no para demostrar que todavía en las últimas décadas del siglo XX se dan los “milagros”, aunque de distinta índole, claro está, de los realizados en Lourdes y Fátima –o los exigidos para la cononización de los santos–, como se comprende.

## NOTAS

1. Por mi parte, siempre que escribo sobre la restauración del monasterio, he tratado de poner las cosas en su punto, dando al Dr. Cerviño la importancia que merece, que a mi modo de ver es el instrumento numerario de que Dios se valió para sacar a Oseira de sus cenizas. Por vía de ejemplo, en mi obra, *Oseira, cincuenta años de restauración*, aparecen todos los datos relacionados con las gestiones llevadas a cabo por el prelado, al par que se ofrece allí su fotografía.

2. En otra ocasión, es posible que nos ocupemos de dar a conocer los afanes que pasó este prelado hasta lograr encontrar monjes que se decidieran a poner en marcha la vida monástica en Oseira. No le fue nada fácil.

3. Cuando me hablan que van a reconstruir tal o cual monasterio, no creo en ellas, pues por más subvenciones que se aportan para algunos, siguen en ruinas.

4. Periódico “Aquiana”, semanario del Bierzo, Maragatería y Valdeorras, Ponferrada, 26-IX-1993, pg.3. El artículo, firmado por “Fidalgo”, lleva este título *Los aceros inoxidable*, aludiendo a la cubierta que le han puesto a la iglesia. Entre las cosas que añade el autor, se halla la denuncia de no haber ni siquiera abierto dos puertas artísticas: “En Carracedo tenemos el locutorio tal cual estaba cuando San Bernardo vivía, pero su entrada está oculta, tapiada, y así se la ha dejado, pese a tratarse de un bellissimo arco de herradura. Lo mismo ocurre con la puerta de salida del pasaje, en su conexión con la huerta”.

5. Tenía la que se daba entonces en las escuelas rurales, muy incompleta, si es que la pudo frecuentar, porque dada la pobreza de su familia, podemos pensar que en vez de asistir a la escuela, tal vez le emplearan como zagal de algún pastor de la comarca, para ganarse algunos reales.

6. Cfr. Fr. Roberto Muñiz, *Biblioteca Cisterciense Española*, Burgos, 1793, pg. 282-283. Continúa este autor tributándole más alabanzas y ofrece el catálogo de obras que escribió.

7. Así como es difícil encontrar un santo que no haya tenido enemigos que al menos le ayudaran a santificar; es también difícil hallar ningún sabio que no haya tenido sus émulos, aunque sólo sea consumidos de envidia. Algunos se extrañan de que fray Antonio, siendo un hombre de tanta valía como se dice, no figure en el abadologio del monasterio, pero está explicado todo fijándonos en lo que nos cuentan de él sus biógrafos: que era hombre más apto para el estudio que para regir almas. Es corriente que se dé este caso. Pudiera poner ejemplos actuales de monjes con fama universal de sabios, que tampoco escalaron puestos de categoría en la orden, precisamente por la misma razón. También pudiera citar a otros verdaderos sabios que fueron encumbrados a puestos destacados, fracasando en ellos, o poco menos.

8. Cfr. Fr. Roberto Muñiz. *Biblioteca Cisterciense...*, o. y luge. cit.

9. Sobre todo hacen célebre a fray Antonio José Rodríguez el discurso 6º del t.I de su *Palestra médica*, en que trata de la sangría, costumbre brutal practicada por los antiguos, hasta casi nuestros mismos días, de sangrarse varias veces al año. El sabio cisterciense reprueba tal abuso, calificándolo de práctica “herodiana” por tantos ríos de sangre como hizo correr en los tiempos pasados, perjudicando en muchos casos en vez de mejorar al paciente.

10. Sobre fray Antonio Rodríguez me he ocupado dos veces. La primera en 1982, con este trabajo: *El P. Antonio José Rodríguez, visto por el P. Feijoo*, que puede verse en la rev. “Yermo”, vol. 20,273-284; la segunda, en una conferencia que tuve en Zaragoza en 1985, titulada: *Presencia del Cister en Aragón a través de sus monjes ilustres*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1987. Allí le dediqué una sencilla biografía, con las lista de sus obras y las fuentes informativas sobre su persona.

11. Al final de este trabajo ofreceremos las cantidades pecuniarias que recibió en los años fuertes de la reconstrucción, para que cada cual pueda sacar las conclusiones que crea oportunas.

12. Hasta hace un par de meses estuvo yendo a vigilar las obras de la restauración del monasterio, y hasta unos días antes de su muerte se ocupó de hacerles los planos de las nuevas celdas que debía ocupar la comunidad.

13. Puedo asegurar que hacía varios años venían insistiéndonos mucho desde la central española representante de dicho organismo, que nos presentáramos para dicho premio. Como en realidad se trataba de algo honorífico, que no llevaba consigo la menor subvención –que era lo que se necesitaba aquí, porque siempre andábamos apurados económicamente– no hicimos caso, mucho menos porque costaba dinero hacer el expediente a base reproducir fotografías de los distintos locales. Lo que no hicimos nosotros, se encargó de hacerlo la propia Diputación.

14. Tan grave llegó a casa, que aseguró después que no se daba cuenta de nada, se hallaba inapetente del todo, y había perdido la noción del tiempo. Nos costó mucho trabajo recuperarlo, pero al fin mejoró hasta el punto de que logró asistir a algunos actos conventuales, sobre todo en el verano.

15. La comunidad quedó impresionada vivamente, más que por la muerte en sí –que era de esperar– por las circunstancias que la rodearon. Habíamos comenzado el día anterior los santos ejercicios, y hasta había asistido a la plática de apertura. La impresión se aumentó considerablemente, por cuanto era la tercera defunción que se daba en la pequeña comunidad en el espacio de poco más de medio año. Fue una prueba grande para Oseira, pues los tres fallecidos habían sido destacados, cada cual en su campo.

16. El lector se podrá hacer una idea de cómo se hallaba la casa con este solo detalle. En septiembre de 1996, al llegar yo al monasterio en el mes de septiembre, recuerdo que todas las mañanas, al levantarnos del lecho a las cuatro de la mañana teníamos que hacer cola para utilizar el único servicio higiénico que había en el torreón del edificio. Se comprende lo desagradable que esto resultaba.

17. Advierto que era la primera obra que se hacía siempre en cada local, comenzar derribando el tejado, haciéndolo de nuevo, porque muchos databan de varios siglos, estaban en pésimas condiciones y, teniendo en cuenta los incendios que han padecido la mayoría de los monas-

terios, se optó por colocar toda la cubierta de hormigón, suprimiéndose por completo la madera.

18. Advierto que los balcones de Hierro correspondientes al patio de Caballeros, y los del exterior del mismo que miran al río y a la huerta, los hizo una casa de Palencia hacia 1968. Pero todos los demás: patios de medallones, pináculos y los del exterior de estos patios, hasta la biblioteca, son obra del padre Juan María. Compró cantidad de balaustres y al mismo tiempo pretina metálica, y los preparó él mismo en persona, con ello ahorró ¿dos, tres...? millones de pesetas.

19. Conviene advertir un dato curioso a este respecto. Fueron las primeras duchas que se construyeron en el edificio, pues hasta el Concilio, se seguía la regla de san Benito al pie de la letra, en la que se manda que a los enfermos se les facilite poder bañarse, en cambio a los sanos no, o rara vez. Esto a nadie debe extrañar, puesto que hace cincuenta años nadie o poquísimos podían permitirse el lujo de baño o ducha, y si quería bañarse, tenía que ir al río, si lo había.

20. Estuve encargado muchos años de acompañar al turismo que cada día desfilaba por nuestra casa. Nunca oí a nadie que se quejara de las restauraciones realizadas por el padre Juan María, al contrario, todos se admiraba de la perfección con que han sido dirigidas todas las restauraciones. Los arquitectos de B.A. podían confiar en él plenamente.

21. En septiembre de 1992, con motivo de mi viaje a Roma a la beatificación del Hno. Rafael, visitamos Florencia, y acudimos a contemplar el convento donde vivió fray Angélico, en las inmediaciones de la catedral. Allí vimos las celdas que usaron los frailes durante siglos, todas decoradas por el diestro pincel del artista, que son poco más o menos como eran las de Oseira, y demás monasterios de la orden. Se trata de un local grande, dividido en departamentos por tabiques que carecen de puerta, se cierran con una simple cortina, y carecen de techo, o sea, están al descubierto.

22. Yo he conocido camarillas e san Isidro de Dueñas, separadas con tabiques de rasilla. En Oseira, en cambio, las divisiones eran de uralita. Como dato curioso, puedo asegurar que a mi llegada a Oseira en 1966, todavía prevalecía ese tipo de camarillas, y recuerdo que cada vez que el vecino se revolvía en la cama, me despertaba, porque trepidaban tanto los catres como las uralitas.

23. Desde luego fue un gran avance el que se dio, pero se vio luego que se iban imponiendo en todos los monasterios las celdas individuales, con servicios higiénicos completos, una mesa, una silla, un armario..., y entonces, al hacer el nuevo dormitorio, se dotarían las celdas de esos servicios indispensables que no faltan hoy ni en las viviendas de la gente pobre. Este primer dormitorio con celdas individuales sirvió a los monjes hasta 1984 en se estrenaron las nuevas celdas del antiguo dormitorio de ancianos, donde hoy vive la comunidad.

24. Antes de la restauración, la zona del calefactorio estaba abierta al turismo, y no sé a quién se le ocurrió decir que las jóvenes que dieran tres vueltas a la chimenea y rezaran un padrenuestro, hallaban novio durante el año. Lo cierto es que muchas jóvenes probaban en medio del jolgorio de las demás compañeras. Puedo asegurar que hubo alguna que daba las vueltas con verdadera fe, como si la chimenea tuviera alguna virtud propia o estuviera protegida por las meigas.

25. Es del dominio público que durante el período de abandono, las gentes de la comarca, subían con sus carros por la escalera de honor, y bajaban la piedra para construir sus viviendas o cercar sus fincas. Con todo, no fue gran cosa lo que faltaba de un edificio tan colosal. Hubo la suerte de que se tardó mucho en hacer carretera de acceso, que si la hacen antes, quizá hubiera pasado como en Sobrado, que la piedra del monasterio la utilizaron para firme de la carretera.

26. Conviene hacer constar que han sido distintos organismos los que han contribuido a facilitar medios para la restauración del monasterio, pero el organismo que se lleva la palma es la Diputación Provincial de Orense, cuyos presidentes don David Ferrer Garrido, don Victorino Núñez y don José Baltar, se han esmerado en prestar ayuda a los monjes, mediante sub-

vecciones más o menos considerables. Al final de este trabajo verá el lector las cantidades facilitadas, y por quiénes.

27. En un principio se pensó colocar estos altares en los arcos que rodean la sala capitular o de las palmeras, en los cuales ya los hubo antiguamente y debían estar adaptados a dichos arcos; pero luego de desistió de colocar éstos porque desentonaban no poco del local y carecer de mérito artístico.

28. Recuerdo que un día, allá hacia el año 1975, hablando con él sobre las obras y los nuevos proyectos que tenía, le oí decir estas palabras: "Si tuviera dinero, me ahorraría un millón de pesetas". Era cuando un millón de entonces equivalía a ocho o diez de hoy. Es que preveía que los materiales iban a dar una subida grande al poco tiempo, y necesitaba esos materiales para el año siguiente, pero como no tenía nunca reservas, se vio privado de realizar aquel negocio económico.

29. Conviene dejar constancia de que no sólo hizo preciosas lámparas para el monasterio, sino también dejó otras para monasterios de religiosas. Sé que fueron varias las que hizo, pero yo sólo puedo dar razón de la que colocó en la escalera principal del monasterio de san Miguel de las Dueñas.

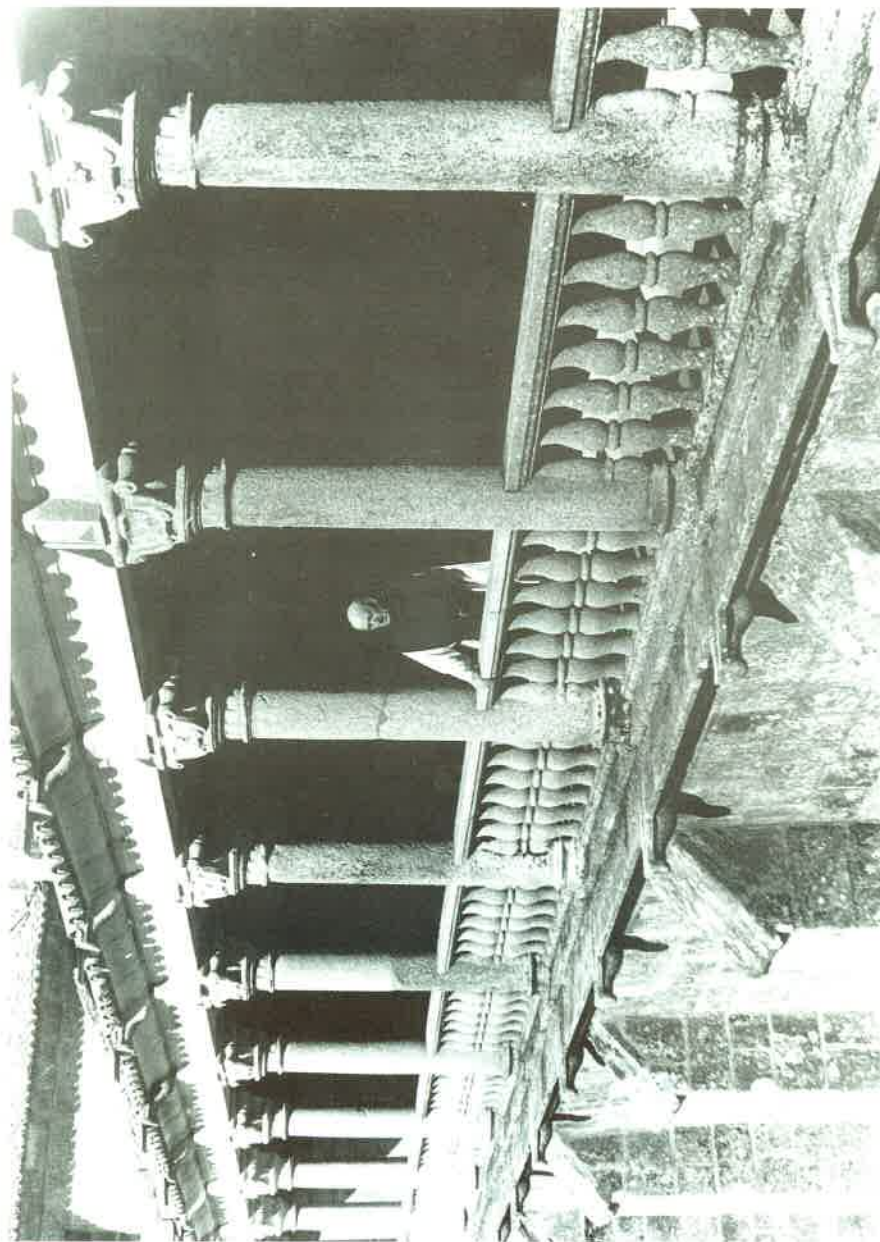
30. Posiblemente influyera en el hundimiento algún movimiento sísmico, tal vez el de Lisboa del s. XVIII, porque aparecían las paredes de la cabecera y lateral de mediodía completamente abiertas, y es normal que al ceder los muros, se hundiera la bóveda.

31. En esos días en que se construía la bóveda del refectorio, visité el monasterio de Montederramo, y el sacerdote que me acompañaba, me llevó al templo, donde había montado un andamio metálico. Me aseguró que solamente el montaje de dicho andamio había costa un millón de pesetas. Lo habían montado los de Bellas Artes, para hacer no sé qué obras dentro de la Iglesia; en cambio el andamio de Oseira, lo montó el padre Juan María con madera del bosque, sin contar para ello con presupuesto alguno. Cada cual puede sacar la conclusión del costo entre uno y otro.

32. No recuerdo exactamente lo que costó la restauración, pero sí puedo asegurar, que de llevarse a cabo la supresión de este pabellón –como pensaba algún arquitecto, por lo mucho que suponía iba a costar la restauración–, hubiera costado más con mucho desmontar y trasportar tantos miles de toneladas de piedra.



l. P. Juan Mª Vázquez Rey.



2. El P. Juan María en el reconstruido solarium.